

NOTICIAS DE LIBROS

HEBERT FELDMAN: *Revolution in Pakistan*. London, Oxford University Press, 1967. 242 páginas.

La República del Pakistán, con sus ciento siete millones de habitantes (entre los cuales más de noventa millones de musulmanes) es sin duda el mayor país vinculado al Islam; pero también uno de los «Estados macizos» de Asia. La evolución pakistaní se opera, por tanto, en dos sentidos principales simultáneos; o sea, el que la encuadra dentro del semicontinente indostano y el que la vincula con los países musulmanes del Cercano Oriente mediterráneo. Sin embargo, las posibilidades de enlaces y proyecciones del Pakistán hacia los diversos países del Este con los que se halla más vinculado, depende de los difíciles ajustes internos de una nación que se halla repartida (aunque no partida) en dos trozos separados por miles de kilómetros. La continuidad de los enlaces internos pakistanos ha venido consistiendo en gran parte en la solidez del poder central. Y desde hace diez años y medio el poder central es el régimen autoritario del mariscal Mohammed Ayub Jan.

A pesar del interés que despierta la figura de Ayub Jan, tanto por sus características personales como por la originalidad del sistema legislativo llamado de las «democracias básicas», apenas se han difundido estudios o exposiciones sobre la implantación y los cambios del régimen actual pakistaní. En este sentido resulta muy útil el libro del autor británico Herbert Feldman, residente en el país que es-

tudia y, por tanto, observador directo... Esta obra, aunque se titula «Revolución en Pakistán», se ocupa en primer término de estudiar las formas y el desarrollo de la administración interna y la política exterior bajo la ley marcial que rigió desde 1958 hasta la Constitución de 1962, pero de la cual quedan aún huellas en una gran severidad del poder central.

Una de las principales deducciones que Feldman manifiesta respecto a Ayub Jan y su sistema es que la ley marcial pakistana y sus prolongaciones representan sobre todo una reversión del «paternalismo» que caracterizó los métodos del Gobierno colonial británico en tiempos de la India inglesa. Fue el sistema que desarrollaron los virreyes de Nueva Delhi y que se caracterizaba por el empeño en «hacer la felicidad de los habitantes del semi-continente», pero sin consultarles sobre si esa felicidad les gustaba o les convenía. Ayub Jan, procedente de las academias militares inglesas, se formó en los métodos virreinales, que luego pudo adaptar a las peculiares particularidades de un Estado de nuevo cuño y en parte artificial, como el pakistaní. En todo caso, Feldman afirma que los propósitos iniciales de Ayub Jan no fueron dictatoriales, pues sólo se proponía recular un poco para poder saltar mejor después.

En cuanto al resto de las observaciones y las conclusiones, como, por ejemplo, algunas de las referentes a

las vinculaciones internacionales, el libro de Herbert Feldman resulta a veces demasiado parcial y subjetivo. No obstante, el conjunto de datos que aporta tiene gran utilidad como repertorio informativo. Además de presentar enfoques lógicos como cuestio-

nes tan polémicas como la de Cachemira, sobre la cual hace notar que no es un pleito de dos sectores, indio y pakistaní, sino que el juicio del pueblo cachemirano constituye el primer factor.

R. G. B.

JOHN DUMOGA: *Africa between East and West*. The Bodley Head. London, 1969. 142 páginas.

El Africa tropical al sur del Sáhara constituye sin duda uno de los sectores mundiales en los que los problemas de las estructuraciones estatales son a la vez más urgentes y más difíciles. Cuando en la mayor parte de sus países las independencias llegaron antes de lo esperado, la máxima facilidad que los gobernantes autóctonos tuvieron para relevar y reemplazar a las autoridades coloniales, fue poder aprovechar las organizaciones del funcionamiento de unas administraciones concentradas y centralizadas. Pero durante los primeros años de dichas independencias ocurrió también que muchos dirigentes políticos del Africa tropical, al ejercer el poder, se preocupaban por lo efectista más que por lo práctico, usando títulos pomposos y fomentando concentraciones de partidarios con estilo carnavalesco. Pero el éxito de los sistemas nacionales independientes está allí en realidades más sencillas, de mejora gradual y planificada en las posibilidades locales.

Ahora parece seguro que en los países del Africa negra y semi-negra los problemas africanos se resuelvan según recursos y métodos africanos. En lengua inglesa puede decirse y escribirse «... that Africa can solve her problems in her own way». Hasta ahora una de las mayores dificultades ha venido estando en que si aquellos territorios necesitan de las aportaciones económicas y técnicas de las potencias llamadas «desarrolladas», las competencias establecidas entre los sistemas «del Oeste y el Este» dificultan la práctica positiva en los Estados negros. Y uno de los mejores li-

bros recientes sobre el empeño de construir o reconstruir al conjunto africano, en paz y en orden, es sin duda el de John Dumoga.

Se trata de un destacado periodista y sociólogo de Ghana formado en las universidades norteamericanas y posteriormente director de la cadena informativa de la «Graphic Corporation Newspapers». John Dumoga expone las principales líneas políticas de los países sud-sajarianos (sobre todo respecto a las relaciones internacionales), subrayando lo difícil que es encontrar las soluciones del actual período de transición. Es un período especialmente complejo que él denomina de la «post-independencia», caracterizado porque aún no se ha superado una etapa de revoluciones, golpes de Estado y otros disturbios. No obstante, sus conclusiones finales no son nada pesimistas. John Dumoga considera que los «leaders» locales tienen que dar por terminado el hacer a sus pueblos promesas y pedirles sacrificios para programas verbales, puesto que la solución africana ha de ser aplicar valorizaciones tecnológicas sobre una escala verdaderamente internacional.

La obra del periodista y sociólogo ghanés se ocupa principalmente (dentro de varios grandes apartados) de las promesas que precedieron y acompañaron a las independencias; el socialismo africano en acción; la estrategia del desarrollo económico-social; la busca de la unidad africana; el papel de la ayuda económica como un arma ideológica; la política internacional en los Estados africanos-tropicales; el papel de la prensa en Africa; las perspectivas del futuro, etc. Todo

ello con una preferente selección entre los grandes problemas actuales, destacando primariamente los que han de resolverse entre los «leaders» y sus pueblos. En este sentido está convencido de que la primera década de independencia habrá servido para experimentar y desechar aquellos sistemas y aquellas fórmulas que no sirvan para asegurar a los pueblos africanos unos niveles de vida más amplios.

J. M. KIRSCHBAUM: *Slovaks in Canada*. Toronto, 1967, Canadian Ethnic Press Association, XVI. 470 páginas.

El problema de las nacionalidades en diferentes países no se limita tan sólo a Europa, según quisieran «probar» algunas fuentes tradicionales, sobre todo francesas y alguna alemana, sino que con «el rapto de Europa» se extiende a ultramar, por la —tan (!)— sencilla razón de que ese «rapto de Europa» no es, tampoco puede serlo, un asunto de unos cuantos países constituidos en naciones y éstas en Estados. ¿Cómo habría transcurrido el curso de la Historia universal si no hubiesen sido, precisamente, los pueblos intencionadamente «olvidados» dentro del proceso de europeización del ecumene, que han poblado al Nuevo Continente? No es propicio poner esta pregunta, aún menos hoy día, pero haciendo honor a la verdad histórica, es preciso ponerla, al menos. La respuesta definitiva depende de los «cerebros» que «han huído» de Europa y que será muy difícil recuperarlos. Aunque la Historia no se repita, por ello no deja de ser Historia. Sólo que debería servir, como mínimo, de lección a aprender.

Los grandes pueblos europeos suelen reivindicar para sí todos los derechos de la europeización del ecumene. ¿Y los pequeños? ¿Por qué se ignora la contribución irlandesa? ¿Y la de otros pueblos? ¿También la de los eslovacos? Nadie quiere saber nada de su vecino, pero al llegar la hora de «ajustes» lo del vecino es, repentinamente, suyo (!!!). ¿Por qué, entonces, no en común? ¿O es que toda la

En cuanto a la colección de manuales británicos en la cual ha aparecido la obra de John Dumoga, ha de señalarse que es la de los «Background Books», famosa por la claridad y concisión de sus libritos sobre las mayores cuestiones internacionales del momento.

R. G. B.

Toronto, 1967, Canadian Ethnic Press Association, XVI. 470 páginas.

culpa por la desastrosa convivencia entre los pueblos a través de la Historia ha de recaer sobre los que no han hecho sino contribuir al desarrollo de la Humanidad? Parece que la situación político-internacional de hoy es una excelente prueba de ello. Desgraciadamente.

El presente libro ha sido publicado con ocasión del centenario de la Confederación canadiense. Su autor es hoy día una de las más prestigiosas personalidades del Canadá, a pesar de ser de origen eslovaco. En esta cualidad nos ofrece una obra que en la Historia no podrá ser omitida por historiadores o internacionalistas de ningún rango. No es una obra completa, pero sí lo suficientemente orientada para que un especialista en cuestiones de nacionalidades se dé cuenta de la importancia que desempeñaron en la vida económica y política del Canadá y de los Estados Unidos los «desgraciados» inmigrantes europeos. Paralelamente, el mismo criterio es completamente válido para el subcontinente Sur de América. ¡No nos equivoquemos! Hay que aceptar las realidades tal como son, y nada más. Porque América sin Europa no sería actualmente lo que es. Es un tema de reconsideración tanto para los europeos como para los americanos de los dos subcontinentes.

En Canadá viven hoy día unos sesenta hasta setenta mil eslovacos, en su mayoría ciudadanos de la Confederación. Si a esta cifra añadimos los emigrantes eslovacos de los Estados

Unidos, y si pasamos a sumar los que viven en el subcontinente iberoamericano, especialmente en Argentina, resulta que más de un millón de eslovacos radican actualmente en tierras de Colón. En realidad, no es mucho, pero hay que preguntarse por la cifra total de eslovacos que viven en su propio país y en algunos países europeos para darse cuenta de la contribución que este pequeño pueblo ha aportado a la europeización del ecumene. Actualmente, Eslovaquia cuenta con más de 4,5 millones de habitantes, pero un millón y medio viven todavía en el extranjero, a pesar de los procesos de asimilación, aculturación, etc. Es decir, la tercera parte de una nación vive fuera de su patria, hecho que sólo los irlandeses podrán reivindicar para sí, con toda razón, además. Claro está, los pueblos «pequeños» seguirán siendo insignificantes en la Historia, aunque sí sus esfuerzos en pro de la paz mundial y en contra del comunismo internacional siempre serán «bien acogidos».

En la primera parte, Kirschbaum expone el fondo histórico y cultural de los eslovacos en Canadá, para pasar a recoger los primeros asentamientos inmigratorios de los eslovacos por los años 1880. La segunda corriente de inmigración corresponde al período de 1918 a 1938, precisamente durante la época de la «superdemocracia» de los masones Masaryk y Benes. En total, y en dirección de distintos países, durante el período de entre la guerra se instalan en Eslovaquia más de 200.000 checos en virtud de un colonialismo occidental y como «Kulturträger» para que otros tantos eslovacos tengan que abandonar su patria en busca de mejores condiciones existenciales. Buena prueba de ello son las organizaciones nacionales y eclesiásticas (católicas y grecocatólicas) de los eslovacos que echaron sus raíces en Canadá.

Después de la segunda guerra mundial eran los «refugiados políticos» los que incrementan el volumen del grupo

étnico eslovaco en aquel país. En oposición a la inmigración anterior, ésta ha sido mucho mejor preparada desde el punto de vista político, nacional, cultural y también intelectual en general. Se prolongó la vida nacional-étnica eslovaca en Canadá hasta reconocérsela de parte de las supremas autoridades canadienses como grupo de nacionalidad con méritos suficientes para formar, «a posteriori», parte de la historia de Canadá. Este hecho se debe, podemos decirlo, al autor, que es J. M. Kirschbaum.

Todas las in y emigraciones desaparecen en el «mar del ambiente natural». Sin embargo, no desaparecerán, tampoco deberían, las obras que estas migraciones habían llevado a cabo en las respectivas regiones del mundo. Organizaciones nacionales, religiosas, prensa y emisiones radiofónicas, todo eso es un argumento para escribir la Historia tal como es, que es la Historia de todos los pueblos de Europa, a pesar de las humillaciones que se le están proporcionando de parte de sus enemigos.

En cuanto a América-Norte, al Canadá, al subcontinente iberoamericano, los respectivos grupos étnicos o nacionales desaparecerán por completo en su tercera o cuarta generación, pero —repetimos—no podrán ser ignoradas las obras que habían aportado los pueblos europeos al desarrollo del Nuevo Mundo.

Hay pocas obras de esta índole. Kirschbaum ha hecho en este sentido lo que nadie habría esperado: recoger la historia de un grupo étnico que forzosamente está destinado a fundirse con la naciente nación canadiense. Algo quedará para las futuras generaciones. Y este «algo» es siempre más que nada. Los eslovacos de Canadá podrán ser agradecidos por la obra que se refiere, precisamente, a ellos, a su vida, a su existencia y sobre todo a sus creaciones a favor del progreso de la Humanidad.

S. G.

GÜNTHER WAGENLEHNER: *Eskalation im Nahen Osten*. Stuttgart-Degerloch, 1968, Seewald Verlag. 284 páginas.

La guerra de los «Seis Días», iniciada el 5 de junio de 1967 entre los países árabes y el Estado de Israel, tiene sus antecedentes, que el autor define como una «Problemática política y psicológica de un conflicto», y que, en todo caso, contaría con dos fases de «escalación psico-política»: del 7 de abril al 15 de mayo de 1967 y luego del 16 de mayo al 5 de junio de 1967. Sólo que el conflicto israelí-árabe es, en realidad, una controversia entre las dos principales potencias mundiales, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Claro está, remitido a un sector bien determinado, el Oriente Medio, en donde cada una de las partes en disputa intenta probar su eficacia bélico-convencional. Dicho con toda claridad, los pueblos y los países o Estados pequeños siguen siendo objeto de las especulaciones políticas y estratégico-militares de los «grandes». Por muy triste que fuera, ésta es la realidad, a pesar de intentar un internacionalista u otro de evocar, una vez más, el respeto a los más fundamentales principios que deberían regir al llamado Derecho internacional. Entonces, ¿existe o no tal Derecho «internacional»? Parece que no, y la guerra de los «Seis Días» es buena prueba de ello.

Europa como tal, entiéndase la Europa occidental, se comportó durante aquel conflicto más bien neutralmente. ¿Por qué? La respuesta no es sencilla, pero desde el punto de vista político-internacional, y aún más desde el de la «seguridad europea», sí—y hay que decirlo—la afecta casi directamente. El conflicto del Oriente Medio no está superado; tampoco Europa podrá comportarse, en caso de nuevas controversias, neutralmente. Porque este asunto le atañe mucho más que el de la gue-

rra de Vietnam. Es sólo una ilustración. Las posturas que han adoptado en la «escalación» psico-política y durante la guerra de los «Seis Días» los dos bandos (occidental-norteamericano y oriental-ruso-soviético, con divergencias de una u otra índole dentro de cada uno de ellos) evidencian el hecho, ya casi conocido por los internacionalistas, de que la paz—o el peligro de una guerra a gran escala—es un problema de Washington y Moscú. La guerra burocrática dentro de la O. N. U., llevada a cabo por el Estado de Israel y los países árabes, acusándose mutuamente un bando a otro de actos de agresión dentro o fuera del estado de guerra, no determinará, ni hoy ni mañana, al agresor ni tampoco al agredido, ya que este asunto corre a cargo de los dos supergrandes. Hay que repetirlo.

No es conflicto puramente militar o existencial entre el Estado de Israel y el mundo árabe. Se trata, más bien, de una lucha por la esfera de influencia que bien pudiera decidir la suerte de todo el continente europeo. No es un problema fácil de resolver. Por tanto, Europa como tal ha de tomar conciencia del mismo para evitar mayores desastres a sus expensas. ¿Unidad europea? Debería llegarse a ella, sólo que un nacionalismo francés, británico o cualquier otro no se han superado aún a sí mismos en virtud del principio universal de la convivencia (no coexistencia) de todos los pueblos, grandes o pequeños. Mientras Europa no consiga ser otra vez sujeto del acontecer internacional, no le quedará otro papel a desempeñar que el de un simple observador del juego entre Washington y Moscú.

S. G.

NOTICIAS DE LIBROS

ARMIN MOHLER: *Vergangenheitsbewältigung*. Stuttgart-Degerloch, 1968, Seewald Verlag. 102 páginas.

La superación del pasado nazi en Alemania sigue siendo un problema que, en primer lugar, atañe a la nación y las nuevas generaciones han de ser formadas en el sentido de ocupar el país el puesto que por la naturaleza de las cosas le corresponde entre los demás pueblos y países.

Indudablemente, el problema de la superación del pasado en 1945 no es el mismo que hoy. Pasó a ser de un impulso moral a un instrumento de lucha política artificialmente alimentada desde dentro y desde fuera. El comunista Ulbricht, o toda la propaganda pro y filocomunista servida en abundancia desde el Este europeo, llega hasta a considerar la República Federal como continuidad del régimen nazi del Tercer Reich.

Mientras tanto, cualquier provocación de esta clase lanzada contra la República Federal encuentra a la mayoría de sus ciudadanos en una situa-

ción sin defensa. La guerra psicológica contra Alemania no ha terminado. Según las circunstancias políticas o militares, se adoptan nuevas formas y tácticas de lucha contra la existencia del pueblo germano. Veinticuatro años después de la terminación de la guerra, este hecho empieza a provocar entre los propios alemanes un ambiente de indiferencia, que pudiera complicar las cosas considerablemente. Una cosa es cierta: no pudiendo conquistar la República Federal o transformar su régimen democrático, por medio de la fuerza y de la violencia, se intenta minarla mediante una escalación psicológica junto a la escalación política.

En todo caso, el problema ha de ser reconsiderado y sometido a una crítica con el fin de nivelar definitivamente esta situación tan incorrecta en la vida del gran pueblo alemán—a pesar de su pasado nacionalsocialista.

S. G.